

De la humillación a la gloria

El itinerario cristológico de Miguel Mañara en la iglesia de San Jorge de Sevilla

Eva María Ramírez Ordóñez

Bachiller en Ciencias Religiosas

Resumen: El Hospital de la Santa Caridad de Sevilla puede ser contemplado desde múltiples perspectivas: artística, religiosa, histórica, etc. El propósito de este trabajo es abordar el estudio de este emblemático lugar sevillano desde el enfoque teológico que D. Miguel Mañara, su artífice, dejó inscrito en cada uno de sus rincones. Él quiso utilizar la *via pulchritudinis* como medio de evangelización, mostrando su propia concepción cristológica en un itinerario que muestra al visitante atemporal cómo alcanzar la gloria desde la humildad más radical, a través de las obras de misericordia que nos llevarán al encuentro con Cristo encarnado en los más débiles y necesitados.

Abstract: Sevillian Hospital named "Santa Caridad" can be observed through multiple lenses: artistic, religious, historical... The purpose of this paper is to approach this historical Sevillian place following the theological focus given by D. Miguel Mañara, its founder. He wanted to use the so called *via puchritudinis* as a way of evangelization, showing his own Christological conception in a roadmap that helps any extemporal visitor how to reach the Glory by the most radical humility, applying charity works that lead us to a meeting with Christ who is incarnated into the weakest and neediest people.

1. INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que Miguel Mañara y el Hospital e Iglesia de la Santa Caridad de Sevilla han sido protagonistas de múltiples estudios de investigación desde los más variados puntos de vista. El objetivo de este trabajo es, sin embargo, contemplar el mismo objeto desde otra mirada, desde la mirada teológica, adentrándonos en la dimensión espiritual de Mañara para definir su concepción cristológica, su modo de interiorizar el misterio de Cristo puesto que, al fin y al cabo, será su configuración con Él el objetivo prioritario de la

segunda parte de su vida en la cual va a llegar a convertirse en el *alma mater* de esta emblemática institución sevillana.

Se trata pues de contemplar la vida y obra de este sevillano desde una perspectiva diferente. En la primera parte de este trabajo estudiaremos la concepción cristológica de Miguel Mañara; en la segunda, comprobaremos cómo esa imagen interior que sobre Cristo poseía fue la que sustentó el diseño artístico de la Iglesia de San Jorge. Y lo haremos mediante el análisis de las obras de arte que aun hoy decoran los muros de este templo para confirmar o refutar nuestra hipótesis.

Un segundo objetivo de este estudio es contribuir modestamente a reivindicar la figura de Mañara en la sociedad y en la Iglesia sevillana de nuestros días, como hombre comprometido y entregado a la causa del Evangelio y de los pobres. Estimamos que la opción de vida de este cristiano ejemplar del siglo XVII debe erigirse como referencia para los laicos del siglo XXI, carentes en gran medida de prototipos que encarnen el ideal de vida cristiana en medio del mundo.

Por último, no debemos pasar por alto el hecho de que nos encontramos inmersos en el Año Jubilar de la Misericordia, convocado por el Papa Francisco. Entendemos por tanto que se presenta con ello una coyuntura propicia para reavivar el mensaje que Miguel Mañara inmortalizó principalmente a través de las obras de misericordia representadas magistralmente por Bartolomé Esteban Murillo. En este año jubilar, de un modo singular, resulta oportuno redescubrir estas extraordinarias obras de arte como vehículo transmisor del mensaje evangélico. Esa fue la intención de Mañara cuando las encargó al célebre pintor sevillano y, en este año, bien podría de nuevo convertirse en instrumento perfecto para la revitalización del mensaje original.

2. LA CONCEPCIÓN CRISTOLÓGICA DE MIGUEL MAÑARA

“Escuchad, escuchad la Palabra del Señor: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme”.¹

Traspasado el umbral de la puerta del Hospital de la Santa Caridad, una vez que hemos dejado atrás la lápida sepulcral de D. Miguel Mañara, esta inscripción constituye el primer elemento con el que se encuentra el visitante. Ningún detalle de la decoración de esta Iglesia ha sido elegido al azar, todo fue perfectamente diseñado por el Hermano Mayor de la Caridad cuya figura pretendemos analizar y, por ello, tampoco esta inscripción constituye tan solo un elemento ornamental.

¹ Esta inscripción, escrita en latín, aparece en el sotocoro de la Iglesia de San Jorge de la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla. Se trata del pasaje de Mt 25, 34-36 que también se incluye en el capítulo I de las Reglas de la Hermandad, redactadas en 1675 por D. Miguel Mañara.

El texto forma parte de la descripción del juicio universal que nos ofrece el evangelista Mateo y en el que Jesús aparece como Juez y Rey universal. Ulrich Luz presenta un interesante planteamiento cristológico de estos versículos en el que pretendemos fundamentar nuestra hipótesis acerca de la concepción cristológica de Miguel Mañara, desde la tesis de que el pasaje mateano que nos ocupa fue escogido por él de manera absolutamente intencionada.² Luz parte de la interpretación de Orígenes según la cual el texto nos presenta a un Cristo impasible como Dios, pero sufriente en su cuerpo, la Iglesia.³ Es verdadero Dios y verdadero hombre; lo más sublime y lo más ínfimo; rico en lo que le es propio como Dios y pobre en lo que tiene de los humanos.⁴ De este modo, al identificarse el Señor con los pobres, su pasión se prolonga hasta el final de los tiempos, en una *passio continua*, según las propias palabras de Juan Crisóstomo.⁵ Y esta idea enlaza con la promesa del *Enmanuel*, el Dios que estará con nosotros hasta el fin del mundo (Cf. Mt 28, 20),⁶ identificándose con los pobres y con los que sufren. El texto deja así traslucir algo de la identidad entre el Jesús terreno y el Cristo exaltado. Esos pobres, los “pequeños” a los que se aludirá en la sentencia definitiva de Mt 25, 40 que sigue al texto que nos ocupa, son lo opuesto al gran “rey” celestial y juez universal. Se está subrayando intencionadamente la enorme distancia entre los indigentes y el juez con objeto de realzar el prodigio que subyace a su identificación con ellos.

A partir de esta descripción del texto podríamos deducir que la concepción cristológica de Mañara se fundamenta en este paradójico paralelismo entre el Dios Juez, Rey omnipotente que, sin embargo, se identifica con el hombre en su debilidad: el pobre, el enfermo, el desvalido, en definitiva, el que sufre. Una paradoja que, a pesar de todo, se define en la percepción de Mañara como absolutamente indisoluble, tal y como emana de la cristología calcedoniana en la que, de manera definitiva, se afirmó que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, perfectamente Dios y perfectamente hombre, consustancial al Padre y consustancial a nosotros.⁷ La propia Encarnación es paradoja que resulta incluso difícil de pensar, y ante la cual no cabe más respuesta que la acción de gracias y la correspondencia de vida en imitación existencial y en servicio al

² U. LUZ, *Evangelio según San Mateo (Vol. III)*, Sígueme, Salamanca, 2004, pág. 675.

³ Cf. ORÍGENES, *Ser. 73*= GCS Orig XI, 172s. Traducción tomada de U. LUZ, *Evangelio según San Mateo*, pág. 675.

⁴ Cf. LEÓN MAGNO, *Sermo 91*, 3 = BKV I/55, 281. Traducción tomada de U. LUZ, *Evangelio según San Mateo*, pág. 675.

⁵ Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Ad Rom. hom. 15*, 6 = PG 60, 547s. Traducción tomada de U. LUZ, *Evangelio según San Mateo*, pág. 675.

⁶ La versión bíblica que se citará en este trabajo será la *BIBLIA DE JERUSALÉN*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009⁴.

⁷ Cf. DS 148: E. DEZINGER, *El Magisterio de la Iglesia. Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materias de fe y de costumbres*, versión directa de los textos originales por Daniel Ruiz Bueno, Herder, Barcelona, 1954.

prójimo.⁸ “La kénosis de Dios en Cristo [...] ha revelado a la Majestad como Misericordia y al Absoluto trascendente como Prójimo absoluto”.⁹

Pues bien, en esta concepción podríamos cimentar la cristología de Miguel Mañara que, tras la muerte de su esposa y su proceso de conversión, desarrolla una labor al frente de la Hermandad de la Caridad presidida por esta indisoluble identificación entre Cristo, que nos juzgará al final de los tiempos; y los pobres y sufrientes, en los que se prolonga su Encarnación. Al igual que Dios se hace presente en la humanidad de Jesús, se “oculta” en la *kénosis* de esa humanidad, también Cristo se abaja en esa identificación kenótica con sus “señores, los pobres”.

“Sólo ocultando su divinidad y llevándola al extremo de hacerse solidaria del prójimo en su pobreza y sustitutiva de su muerte, puede Dios ser reconocido como Dios en el mundo; la pobreza y la sustitución son la revelación de Dios”.¹⁰

Por tanto, el cristiano que acoge a uno de estos desvalidos se encuentra personalmente con Cristo en una vivencia paralela a la que experimentaron sus seguidores prepascuales. Para Mañara no existen dos ámbitos o esferas de la realidad: una esfera de lo sagrado, donde tiene lugar el encuentro con Dios; y una esfera de lo profano, donde tiene lugar el encuentro con el mundo y con los hombres. No hay dos realidades sino una sola y ello responde a un esquema en auténtica sintonía con Calcedonia: la realidad de Dios en la realidad del mundo.¹¹

El hecho de escoger este pasaje evangélico como antesala de su sermón iconográfico nos muestra cómo la concepción cristológica de Mañara apunta a una humanización de Dios que constituye un proceso de autoconcreción divina en la historia y que hace a Dios reconocible en los pobres. Ulrich Luz sostiene el carácter parenético del texto evangélico que hemos mencionado, a través del cual el autor trataba de motivar a la comunidad para las obras de misericordia,¹² objetivo éste que se ajusta perfectamente a la intención de Mañara cuando mandó plasmarlo en latín en la parte superior del sotocoro de la Iglesia. Es más, el pasaje aparece precedido por un doble imperativo: “*Audite, audite*”, “escuchad, escuchad”, mediante el cual se insta a quien entra en el recinto a tomar muy en consideración el mensaje que en él se plasmó puesto que de ello va a depender su destino para la eternidad. No en vano san Pablo advierte en sus cartas que la fe entra por el oído: *Fides ex auditu* (Cf. Rm 10, 17). Y, aunque muy posiblemente

⁸ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, BAC, Madrid, 2001, pág. 395.

⁹ *Ibid.*, 396.

¹⁰ E. LEVINAS, *Un Dieu Homme?*, en *Entre nous. Essais sur le penser-à-l'autre*, Paris, 1991, pág. 64-71. Cita tomada de O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, pág. 397.

¹¹ Cf. J.I. GONZÁLEZ FAUS, *La Humanidad Nueva. Ensayo de Cristología*, Sal Terrae, Santander, 1984^o, pág. 589.

¹² Cf. U. LUZ, *Evangelio según San Mateo*, pág. 674.

el propio Mañara no fuera consciente de su significado en hebreo, resulta difícil no establecer un paralelismo con el *Shemá, Israel* (Cf. Dt 6, 4) en el que no sólo se insta a escuchar sino, sobre todo, a obedecer.

Esta concepción cristológica que tratamos de argumentar ha de brotar lógicamente de una determinada espiritualidad, de un modo concreto de vivir la relación personal con Dios. Mañara es un hombre de su tiempo, enraizado en la espiritualidad que mayoritariamente se vivía en su época. El siglo XVII es heredero de lo que se ha dado en llamar la *devotio moderna*, es decir, esa corriente de espiritualidad que surge en el siglo XIV pero que se consolida especialmente en el siglo XVI gracias a una serie de escritos ascéticos-místicos entre los que destaca muy especialmente la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis.¹³ Las líneas espirituales de la *devotio moderna* están marcadas en primer lugar por un cristocentrismo práctico donde la humanidad de Cristo es el eje central en torno al cual se mueve la vida espiritual que busca la imitación de sus ejemplos. Lo que más urge a los devotos es una vida virtuosa vivida en la trama de la existencia cotidiana. Reaccionan contra una teología demasiado especulativa:

“¿De qué te sirve disputar a fondo sobre los misterios de la Trinidad, si no tienes humildad y desagradas entonces a la Trinidad? Verdaderamente, los discursos sublimes no santifican ni justifican al hombre; es la vida virtuosa la que lo hace agradable a Dios”.¹⁴

Estas líneas de espiritualidad van a ir configurando esa concepción básica de Mañara a la que aludíamos al principio de Cristo Rey y Juez Omnipotente, identificado indisolublemente con el pobre y el sufriente. Y así lo plasma en su obra el *Discurso de la Verdad*,¹⁵ uno de los pocos escritos que nos ha legado donde deja constancia de su transformación espiritual y su concepción del mundo. En ella plantea la doble vía de la existencia terrena del hombre, el doble camino: el de la vida y el de la muerte: “Pongo hoy por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Dt 30, 19). En su caso, nos muestra dos montes, uno representa el bien y la verdad; el otro, el mal y la abominación.

No tenemos constancia en sus biografías de que Mañara llegara a realizar los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola¹⁶ pero, de lo que no cabe duda, es

¹³ Esta obra fue publicada entre 1418-1427. La edición que se usará en este trabajo es T. KEMPIS, *Imitación de Cristo*, Monte Carmelo, Burgos, 2007.

¹⁴ T. KEMPIS, *Imitación de Cristo*, pág. 20.

¹⁵ Esta obra la escribe Mañara en 1679. En este trabajo se citará una edición facsímil publicada por la Hermandad de la Santa Caridad e impresa en Sevilla en el año 2004. Al tratarse de una edición facsímil y para facilitar la lectura se citarán las siglas DV seguidas de capítulo y página.

¹⁶ Esta obra escrita por San Ignacio de Loyola en el siglo XVI, será citada en la siguiente edición: I. LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Sal Terrae, Santander, 1985⁴. Para las citas se usarán las siglas EE, seguida del número en el que aparece.

de que, una lectura paralela de éstos y del *Discurso de la Verdad*, pone en evidencia una más que probable dependencia literaria en este pasaje alegórico: en el *Discurso de la Verdad* se alude a dos ejércitos en dos montes: uno capitaneado por Cristo y otro por la bestia de las siete cabezas del Apocalipsis (Cf. Ap 13, 1); en los *Ejercicios Espirituales* se habla de dos banderas: una dirigida por Cristo y otra por Lucifer;¹⁷ en ambos casos se alude a Cristo como Capitán y Caudillo;¹⁸ en ambas se identifica el monte dirigido por Lucifer como Babilonia;¹⁹ en los *Ejercicios Espirituales* se alude a tres escalones: el de la pobreza frente a la riqueza; el de los oprobios frente al honor y el de la humildad frente a la soberbia;²⁰ en el *Discurso de la Verdad* se sube el monte de Cristo renunciando al lastre de la riqueza, la vanidad y la soberbia.²¹

Por todo lo dicho, resulta evidente que la elección del pasaje mateano del juicio final revela ciertamente la concepción cristológica de Mañara. En palabras de Benedicto XVI:

“La identificación del Hijo del hombre, que juzga al mundo, con los que sufren de cualquier modo presupone la identidad del juez con el Jesús terrenal y muestra la unión interna de cruz y gloria, de existencia terrena en la humildad y de plena potestad futura para juzgar al mundo. El Hijo del hombre es uno solo: Jesús. Esta identidad nos indica el camino, nos manifiesta el criterio por el que se juzgará nuestra vida en su momento”.²²

En definitiva, a partir de la muerte de su mujer, Miguel Mañara se descubre espiritualmente abocado a una decisión crucial: elegir entre el monte del bien y del mal. Esta elección se tradujo en una nueva y radical forma de vida, en la experimentación de un proceso espiritual del que su protagonista es plenamente consciente: de la humildad y el más absoluto anonadamiento, a la gloria de la identificación con Cristo, pasando por la vivencia de la misericordia en los pobres y desheredados.

El siguiente paso en este estudio nos llevará a tratar de argumentar la tesis de que el itinerario iconográfico de la Iglesia de San Jorge es reflejo de ese proceso espiritual de Miguel Mañara. Y, para ello, analizaremos las obras de la Iglesia de la Santa Caridad a través de las cuales él pretendió mostrar a los miembros de su Hermandad un itinerario vital concreto que constituye la consecuencia lógica de su concepción cristológica.

¹⁷ Cf. EE 136.

¹⁸ Cf. DV XVII, 46; EE 136; EE 138.

¹⁹ Cf. DV XV, 40; DV XXII, 58; EE 138.

²⁰ Cf. EE 136.

²¹ Cf. DV XXIV.

²² J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, La Esfera de los libros, Madrid, 2007, pág. 381.

3. LAS OBRAS DE LA IGLESIA DE SAN JORGE

No cabe duda de que, aun sin saberlo, Miguel Mañara escogió la denominada *via pulchritudinis* como método de evangelización. Y, por ello, nuestro siguiente objetivo consistirá en descubrir y visibilizar la concepción cristológica reseñada en el apartado anterior en las obras diseñadas con esta intención por nuestro protagonista.

A lo largo de la historia, el uso más frecuente de la imagen bíblica ha sido servir como instrumento pedagógico para la fijación y/o explicación de los contenidos religiosos y los valores morales. Se recurre así a un relato visual, de fácil acceso y rápida comprensión, superior al texto por su brevedad y, en el caso que nos ocupa de manera especial, por su capacidad de impactar. “Las imágenes enseñan al espíritu e interesan al corazón hablándole a los ojos”.²³ Así lo corrobora el Magisterio de la Iglesia cuando afirma que en la Sagrada Escritura “no se revela al hombre en abstracto, sino asumiendo lenguajes, imágenes y expresiones vinculadas a las diferentes culturas”.²⁴

En la estructura de la Iglesia vamos a distinguir tres partes que se corresponden con las tres fases del proceso espiritual experimentado por Mañara: la entrada principal de la Iglesia y el sotocoro, que muestran la humillación y la renuncia a lo mundano, a través de las *Postrimerías de la Muerte*, de Valdés Leal; la nave y el antepresbiterio, donde se visibiliza la caridad que ha de centrar la conducta vital, gracias a los *Jeroglíficos de la Misericordia*, de Murillo; y, por último, el retablo mayor y el coro que volverá a enfrentarnos con la muerte cuando nos situemos ante el grupo escultórico del *Entierro de Cristo*, ejecutado magistralmente por Pedro Roldán; y la *Exaltación de la Santa Cruz*, de Valdés Leal. Aquí se nos revelará la identificación final con Cristo glorioso y la vuelta a la muerte desde una perspectiva absolutamente nueva, iluminada por la trayectoria descrita. Iniciamos nuestro itinerario con la muerte y lo concluimos en ella, en una “inclusión arquitectónica” que, sin embargo, nos muestra cuán diferente aparece ahora el final de la vida terrena cuando se ha vivido desde la dinámica de la misericordia y el amor.

3. 1. Entrada y sotocoro

Tras pasado el umbral de la puerta se encuentra la lápida sepulcral de Mañara, alojada en el suelo. Ese fue el lugar escogido por él mismo para su sepultura, según consta en su testamento, “para que todos me pisen y huellen; y allí sea sepultado mi sucio cuerpo, indigno de estar dentro del Templo de Dios”.²⁵

²³ C. YEBRA ROVIRA, *Las biblias ilustradas en España en el siglo XIX. Desarrollo, relevancia cultural e interpretación teológica*, Verbo Divino, Navarra, 2015, pág. 86.

²⁴ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini. La Palabra del Señor*, San Pablo, Madrid, 2010, 109.

²⁵ E. VALDIVIESO; M. ILLÁN (eds.), *Miguel Mañara. Espiritualidad y arte en el barroco sevillano (1627-1679)*, Hermandad de la Santa Caridad, Sevilla, 2010, pág. 98.

Esa lápida constituye en la mentalidad barroca, en general, y en la de Miguel Mañara, en particular, una muestra plausible de humildad, de abajamiento hasta el límite, de renuncia a todo lo mundano para iniciar el camino de identificación con Cristo. “Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo. Rueguen a Dios por él”.²⁶ Así reza la última frase labrada en la lápida por expreso mandato de Mañara en su testamento.

El siguiente paso nos situará en el sotocoro, donde el visitante experimenta el brusco enfrentamiento con la muerte a través de los *Jeroglíficos de las Postrimerías*, de Valdés Leal. El mensaje iniciado en la losa sepulcral continúa en estas obras, recordando a todos que “la primera verdad que ha de reinar en nuestros corazones (ha de ser): polvo y ceniza, corrupción y gusanos, sepulcro y olvido”.²⁷ Alojada en el muro de la derecha, encontramos la obra titulada *Finis Gloriam Mundi*, pieza clave para interpretar la cristología de Mañara. Sobre los cuerpos descompuestos de una cripta, entre los cuales identificamos uno que posiblemente corresponda al propio Mañara, pende una balanza sujeta por una mano llagada. La balanza fue uno de los jeroglíficos más comunes del Barroco. Pero el elemento clave en nuestro discurso es la mano llagada que nos indica que estamos en presencia de Cristo Juez. Resulta llamativa la elección de esa mano para identificar la imagen cristológica cimera de Mañara puesto que, como tendremos ocasión de argumentar, las manos encierran un importante significado simbólico en este recinto.

Ese Cristo Juez, con potestad absoluta para juzgar los actos de los hombres y determinar su destino eterno, experimenta un kenótico proceso de identificación con los pobres hasta convertirse en sujeto de las obras que todos los hombres deberán practicar para inclinar la balanza hacia la gloria eterna. Por lo tanto, será la misericordia hacia los pobres, “retratos de Jesucristo”, el único aval en ese Juicio.

En la concepción cristológica de Mañara hay que tener en cuenta de forma especial que Jesucristo es Juez y parte en ese Juicio Final, puesto que esa mano que sostiene la balanza se ha identificado con el que sufre y el necesitado, por eso está llagado. Y, por ello, la ausencia de caridad hacia los pobres se revelará al final de los tiempos como una omisión de caridad hacia el mismo Juez.

Frente a esta obra, en el muro de la izquierda, se ubica *In ictu oculi*, obra que contribuye a reforzar el mensaje inicial sustentando la idea de la brevedad de la vida y lo efímero de las cosas mundanas que, una vez finalizada la existencia terrena, de nada le servirán al hombre para inclinar a su favor la balanza de la justicia divina.

²⁶ Con esta frase concluye la inscripción de la lápida sepulcral de Miguel Mañara situada en la entrada de la Iglesia de San Jorge.

²⁷ DVI, 1-2.

3. 2. Nave de la Iglesia. Jeroglíficos de la Misericordia

3.2.1. Abrahán y los tres ángeles (“dar posada al peregrino”)

El cuadro representa el pasaje de Gen 18, 1-15 en el que el patriarca Abrahán y su mujer Sara acogen a tres peregrinos en su casa de Mambré, a quienes generosamente lavaron y dieron de comer. “Alzó la mirada y vio que había tres individuos parados a su vera. Inmediatamente acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, se postró en tierra y dijo: «Señor mío, si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor [...]»” (Gen 18, 2-3).

¿Por qué Abrahán ve tres individuos y se dirige a ellos con la expresión “Señor mío”? San Agustín entiende que se trata de tres ángeles en los que, sin embargo, Abrahán reconoce al Señor y, por eso, se dirige a ellos en singular y con el vocativo “Señor mío”. Y el recibimiento que les dispensa responde a esta percepción “pues les sirvieron como a mortales y a indigentes”.²⁸ Es decir, Abrahán sirve a Cristo sirviendo a mortales necesitados de hospitalidad. Y añade el obispo de Hipona: “si bien los trataban como a hombres, no les cabía la menor duda de que el Señor estaba en ellos”.²⁹ Abrahán, según esta interpretación agustiniana, llega a la misma conclusión que Miguel Mañara: en aquellos que demandan nuestra hospitalidad tenemos que ver el rostro de Cristo.

3.2.2. El regreso del hijo pródigo (“vestir al desnudo”)

No podía Mañara prescindir en su programa figurativo de una de las parábolas que mejor reflejan la misericordia divina. La escena, narrada en Lc 15, 11-32, se centra en el final de la historia, cuando el hijo pródigo regresa a casa tras dilapidar la fortuna.

El hijo menor, cuando consigue la herencia, se marcha a un “país lejano”. En esta expresión algunos Santos Padres, como san Agustín, vieron un alejamiento del mundo de Dios,³⁰ el mismo que Mañara mantuvo durante la primera mitad de su vida y que se reprochó hasta el final de la misma. Buscaba disfrutar de una radical libertad y acabó sometido a la esclavitud, aquella a la que conducen las vanidades de este mundo, como muy bien experimentó nuestro protagonista. Pero “viviendo lejos de casa [...] este hombre se había alejado también de sí mismo, vivía alejado de la verdad de su existencia.”³¹ Y emprende una “peregrinación espiritual” que le lleve a casa, al Padre, a sí mismo. Es un reflejo de la existencia de Mañara: la conversión, el sufrimiento y la purificación interna. El camino de vuelta que el hijo emprende hacia la

²⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, *La ciudad de Dios*, Apostolado de la Prensa, S.A., Madrid, 1944⁴, Libro XVI, cap. XXIX, pág. 592.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Alianza, Madrid, 2011, Libro I, 18, pág. 52.

³¹ Cf. J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, pág. 246.

casa de su padre es fiel reflejo del itinerario espiritual que Mañara emprende hacia Dios.

El padre, que ve al hijo “cuando todavía estaba lejos” sale a su encuentro, le abraza y le besa. El hijo apenas puede iniciar el discurso que tenía preparado, pero esas palabras iniciales son suficientes para mostrar la necesidad de una humillación personal para alcanzar la comunión con Dios: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo” (Cf. Lc 15, 21). La respuesta del padre fue el abrazo incondicional; la respuesta de Dios que sale a nuestro encuentro es enviar a su Hijo en la Encarnación.³²

“Pero el padre dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle; ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies»” (Cf. Lc 15, 22). La misericordia que el padre muestra con el hijo es fiel reflejo de la que todo hombre ha de mostrar vistiéndolo al desnudo y devolviéndole con ello, en muchos casos, la dignidad perdida.³³

Pero, ante esta imagen, podríamos preguntarnos: ¿Dónde está aquí Jesucristo? ¿Falta la cristología en esta parábola? Benedicto XVI alude a una cristología implícita, según la cual, Cristo aparece en el centro de la parábola como la realización concreta del obrar del Padre.³⁴ Jesús justifica con esta parábola su acogida hacia los pecadores y muestra el camino a seguir, a imitación del Padre que mostró su misericordia enviando a morir a Cristo por nosotros “cuando todavía éramos pecadores” (Rm 5, 8).

3.2.3. *La curación del paralítico (“visitar al enfermo”)*

Será en este pasaje evangélico, junto con el de la multiplicación de los panes y los peces, donde con más fuerza y de manera más directa aparezca el cristocentrismo de Mañara. No podía ser de otra manera, ya que este milagro tiene como destinatario al enfermo, al pobre, al desvalido, a esos “señores” de Mañara a los que también él dedicará la segunda parte de su vida.

En la excepcional representación murillesca se recoge un pasaje del Evangelio de Juan (5, 1-18) donde narra el momento en el que Jesús cura a un paralítico que no podía sumergirse en la piscina Probática. Son muchos los milagros que, en este caso, podría haber elegido el siervo de Dios, pero elige éste, por lo que no podemos considerar como cuestión baladí el contexto del mismo.

El relato nos da un dato: aquel hombre llevaba treinta y ocho años allí. Es mucho tiempo el que había permanecido solo y enfermo, a tan sólo unos pasos

³² Cf. PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón*, 5, 6. CCL 24, 40. Cita y traducción tomada de T.C. ODEN (ed.), *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Nuevo Testamento 3*, Ciudad Nueva, Madrid, 2006, pág. 345.

³³ Cf. PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón*, 3, 4. CCL 24, 29-30. Traducción tomada de T.C. ODEN (ed.), *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Nuevo Testamento 3*, pág. 345.

³⁴ Cf. J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, pág. 248-250.

de su curación, de su remedio vital, pero inalcanzable por sus propias fuerzas. Prácticamente los mismos años que Miguel Mañara había dejado transcurrir en su vida sin bajar su mirada hacia aquellos “retratos de Jesucristo”. Aquel hombre sólo esperaba que alguien le tomara en brazos y le introdujera en las aguas para quedar sano. “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua” (Cf. Jn 5, 7). Es eso precisamente lo que Mañara exigirá hacer a sus hermanos en la Caridad. No en vano, en las nuevas Reglas que él mismo redacta en 1675 pide lo siguiente: “que se recoja al pobre con entrañas de padre, teniendo en cuenta que debajo de aquellos trapos está Cristo pobre, su Dios y Señor; y «cogiéndolo a cuestras», tráigalo a esta santa casa”.³⁵ Una vez más tenemos que recurrir al obispo de Hipona que, en el análisis de las palabras con las que Jesús obra el milagro, ofrece la clave explicativa que ilustra la enseñanza de este cuadro: “Levántate, toma tu camilla y anda” (Cf. Jn 5, 8). San Agustín nos dice: “Cuando amas al prójimo y cuidas de él, caminas. ¿Adónde caminas sino al Señor Dios [...]? Al Señor no hemos llegado todavía, pero ya tenemos al prójimo con nosotros”.³⁶ Cristo es quien obra el milagro en virtud de su condición divina; Cristo es quien recibe la obra de misericordia en virtud de su kenótica identificación con el enfermo; y Cristo será el Juez que sostenga la balanza en el Juicio Final.

3.2.4. *San Pedro liberado por el ángel (“redimir al cautivo”)*

El pasaje escogido en esta ocasión aparece en Hch 12, 1-11, donde se nos narra cómo Pedro, encarcelado por orden de Herodes Agripa, es liberado por la intervención prodigiosa del ángel del Señor.

En esta ocasión, merecen ser resaltados tres elementos fundamentales: el relato está marcado por la oración de la Iglesia: “Pedro quedó así custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios” (Hch 12, 5). La vida de Mañara no se reduce a una conducta activista en favor de los pobres, sino que, imitando una vez más a Cristo, no hay una sola cuestión trascendental en su vida que no pase previamente por la oración a la que, de manera asidua, dedicaba largas horas a lo largo del día; en segundo lugar, el pasaje nos cuenta que la última frase que el ángel le dirige a Pedro es “Ponte el manto y sígueme” (Hch 12, 8). Se trata de una invitación apremiante al seguimiento porque “sólo saliendo de sí mismos para ponerse en camino con el Señor y hacer su voluntad, se vive la verdadera libertad”,³⁷ y, por último, merece ser subrayada también la

³⁵ J.M. GRANERO, *Muerte y Amor. D. Miguel Mañara*, Madrid, 1981, pág. 181-182.

³⁶ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Tratados sobre el Evangelio de Juan*, 17, 9. CCL, 36, 174. Cita y traducción tomada de T.C. ODEN (ed.), *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Nuevo Testamento 4a*, Ciudad Nueva, Madrid, 2012, pág. 265.

³⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, 9 de Mayo de 2012. <http://vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2012/documents/hf_ben-xvi_aud_20120509.html> [consulta: 3/3/2016].

actitud de Pedro en la cárcel. Mientras la comunidad ora incesantemente por él, Pedro se encontraba durmiendo (Cf. Hch 12, 6). ¿Cómo puede alguien dormir plácidamente en esas circunstancias? Porque se fía de Dios y se abandona totalmente en sus manos. Es esa “indigencia espiritual” que Miguel Mañara une a la material en el proceso de conversión que experimenta en su vida.

Antes de adentrarnos en el antepresbiterio, no podemos obviar otras cuatro obras que se muestran en la parte inferior de la nave, tres pinturas y una escultura: *Santa Isabel de Hungría curando a los tiñosos* y *San Juan de Dios transportando a un enfermo*, por una parte, ambas de Murillo; y *La Anunciación*, de Murillo y *El Cristo de la Caridad*, del escultor Pedro Roldán, por otra. Los dos primeros lienzos le sirven a Mañara para completar su mensaje, mostrando dos ejemplos concretos que ilustran las obligaciones de los hermanos de la Caridad de asistir personalmente a pobres y enfermos, con la diligencia que emana de identificarlos con Cristo pobre y enfermo. Santa Isabel cura a los tiñosos y, en un segundo plano del cuadro, aparece dándoles de comer; San Juan de Dios aparece llevando a un enfermo sobre sus propios hombros, tal y como señalan las Reglas de la Hermandad.³⁸

Atención especial merecen las otras dos obras citadas: *La Anunciación* y el *Cristo de la Caridad*. Ambas obras aparecen enfrentadas, una en el muro derecho y otra en el izquierdo, al final de la nave de la Iglesia. En ellas alcanza un momento álgido la plasmación de la cristología de Mañara en el conjunto del itinerario espiritual: el Cristo Juez de las *Postrimerías* de Valdés Leal se abaja hasta el límite en su identificación con el hombre en los dos acontecimientos esenciales de su existencia terrena: el cuadro de Murillo nos muestra la Encarnación, el instante en el que todo un Dios asume la naturaleza humana; el *Ecce Homo* de Roldán presenta a Cristo azotado orando al Padre en el momento previo a su crucifixión.³⁹ “Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz” (Flp 2, 7).

Vemos cómo Mañara, al igual que San Pablo, reconoce los dos momentos clave que nos permiten conocer al Dios verdadero y humilde en su sentido etimológico, a ras de tierra. Sólo ocultando su divinidad y llevándola al extremo de hacerse solidaria del prójimo en su pobreza y sustitutiva de la muerte, puede Dios ser reconocido como Dios en el mundo. “La pobreza y la sustitución son la revelación de Dios”.⁴⁰

³⁸ Cf. E. VALDIVIESO; J.M. SERRERA, *El Hospital de la Caridad de Sevilla*, Sevilla, 1979, pág. 73.

³⁹ El propio Miguel Mañara describe esta imagen de la siguiente manera: “Antes de entrar Cristo nuestro Señor en la Pasión hizo oración, y a mí se me vino al pensamiento que sería ésta la forma como estaba; así lo mandé hacer, porque así lo discurrí.” F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *Miguel Mañara*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1981, pág. 119.

⁴⁰ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, pág. 397.

3.3. Antepresbiterio

3.3.1. Moisés haciendo brotar el agua de la roca de Horeb (“dar de beber al sediento”) y La multiplicación de los panes y los peces (“dar de comer al hambriento”)

Entramos en un nuevo espacio de la Iglesia donde estos dos lienzos merecen una atención especial y marcan una diferencia respecto a los anteriores.

La primera diferencia estriba en su mayor formato y tamaño; la segunda, en la privilegiada ubicación. Y esta mayor prelación viene motivada por su doble condición iconológica. Evidentemente responden, como las anteriores, a las dos obras de misericordia mencionadas. Pero, además, son claros y emblemáticos exponentes de la Eucaristía.

Respecto a la primera escena, narrada en Ex 17, 3-7, no podemos pasar por alto las palabras de san Pablo en alusión a este pasaje: “y bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo” (1 Co 10, 4). Asimismo merece ser destacado el paralelismo que Cesáreo de Arlés establece entre Moisés y Cristo, entre la vara y la Cruz, en la que, al ser traspasado su costado, brotó agua y sangre, o lo que es lo mismo, la Eucaristía (Cf. Jn 19, 34).⁴¹

En la segunda escena también la tipología resulta llamativa puesto que no podemos obviar que el objetivo es evangelizar por medio de un discurso artístico persuasivo. Los Sinópticos utilizan el término griego *ichthys* para referirse a “pez” y, en el cristianismo primitivo, las letras de esta palabra se convirtieron en un acróstico para designar a Cristo, luego la identificación Cristo-pez resulta evidente.⁴² Pero también Cristo es Salvador porque se ha dado al hombre como alimento en la Eucaristía. El pez, en la lengua hablada y en la de los signos, sustituye a Jesucristo. El pez, en esta escena, se une al pan de vida eterna.

El prodigio de los panes es una prefiguración de la Eucaristía. Precisamente la obra de Murillo recoge el instante en el que Jesús “levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los fue dando a los discípulos” (Cf. Mc 6, 41). Es el mismo gesto que Jesús realizará en la última Cena, cuando instituya el memorial perpetuo de su Sacrificio redentor. “En la Eucaristía Jesús no da un pan, sino *el* pan de vida eterna, se dona a Sí mismo, entregándose al Padre por amor a nosotros”.⁴³

Esta idea nos lleva necesariamente a un proceso de recapitulación en lo que se refiere a la mentalidad de Mañara cuyo fiel reflejo es el itinerario seguido hasta ahora en la Iglesia. Para él no existe una visión unívoca del problema de la

⁴¹ Cf. CESÁREO DE ARLÉS, *Sermón*, 103, 3. CCL 103, 426. Traducción tomada de T.C. ODEN (ed.), *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Antiguo Testamento* 3, pág. 152.

⁴² Cf. R.E. BROWN, *El Evangelio según Juan*. I-XII, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1999, pág. 512.

⁴³ FRANCISCO, *Ángelus*, 3 de Agosto de 2014.

<https://w2.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2014/documents/papafrancesco_angelus_20140803.html> [consulta: 4/3/2016].

salvación del hombre: en el sotocoro se nos mostraba una imagen escatológica y fatalista de la existencia humana que sólo por la redención de Cristo puede alcanzar la salvación; la nave nos abrirá a la esperanza de esa salvación en la que las obras de misericordia han de acompañar a nuestra fe en el único mediador y Salvador; alcanzado el antepresbiterio, el discurso se invierte puesto que pasamos de la caridad del hombre hacia el hombre a la *Charitas* de Dios hacia este hombre: el misterio de la Eucaristía como acto de amor y caridad de Cristo hacia los hombres. La transformación espiritual de Mañara ha ido pasando desde la humillación, la condescendencia, la kénosis de sí mismo, a la misericordia hacia el prójimo y, de ésta, a la configuración con Cristo que culminará ante ese imponente Entierro que centra el retablo mayor de la Iglesia.

3.3.2. *El Entierro de Cristo (“enterrar a los muertos”)*

La culminación del programa iconográfico de Mañara no vendrá de la mano de la pintura sino de la sobrecogedora imagen escultórica que para el retablo mayor ejecutara Pedro Roldán. Sin duda se trata del colofón de la Iglesia y del mensaje. ¿Por qué tan privilegiada ubicación para esta obra de misericordia? Sin duda, en primer lugar, porque recordemos que enterrar a los muertos fue el primer y único objetivo de la Hermandad hasta la llegada a sus filas del siervo de Dios Miguel Mañara. En segundo lugar porque, como decía él mismo, era la más sublime de las obras de misericordia porque “se hace con quien no puede agradecerla”.⁴⁴ Y, en tercer lugar, porque el entierro de Cristo no sólo es el broche final de este templo sino la culminación de su pasión y muerte en la cruz. Se trata pues de la mayor obra de caridad de Dios hacia el hombre: su muerte que, junto a su resurrección, encierra todo el misterio dogmático de la salvación de la humanidad. Tengamos en cuenta además que la muerte de Jesús fue la más ignominiosa, la propia de los más pobres de su tiempo. Es la acreditación máxima de la solidaridad de destino del Creador con su creatura, padeciendo la muerte, y no cualquier muerte sino la que padecían los más pobres y desgraciados.⁴⁵

Así lo entendió Mañara y, por ello, sería un error concluir que cada uno de los hitos figurativos de esta Iglesia fue fruto del azar o de su capricho arbitrario. Traspasar el cancel de madera conlleva enfrentarse a la realidad de la muerte más descarnada; el final del itinerario nos coloca de la misma manera ante la muerte pero es preciso recorrer sus naves y su mensaje para contemplarla con la placidez espiritual con que la contempló Mañara al final de su vida. El supremo horror se ha transformado en la suprema caridad.

Y por ello, esa cruz, símbolo de la muerte más degradante se convierte en símbolo de amor y salvación y nos devuelve al comienzo del recorrido con

⁴⁴ J.M. GRANERO, *Muerte y Amor*, pág. 181.

⁴⁵ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, pág. 107.

una perspectiva absolutamente nueva. Por eso, en la parte alta del coro de la Iglesia, sobre la muerte aniquiladora de Valdés Leal, Mañara coloca *La Exaltación de la Santa Cruz*, del mismo autor. “La muerte ha sido devorada en la victoria” (1Co 15, 54). Su ubicación nos obliga a contemplarlo después de recorrer la nave, y por tanto, de leer su programa. A través de ella, Mañara nos sitúa al final de uno de los dos caminos que describe en el capítulo XV del *Discurso de la Verdad* y al que nos hemos referido en la primera parte de este estudio: el que nos conduce al monte de Dios. Para alcanzar su cima, es decir, para conseguir la gloria, Mañara, sintetizando el programa iconográfico de toda la Iglesia, nos recuerda que tendremos que abandonar los bienes terrenales.⁴⁶

Con esta obra se completa el sermón iconográfico diseñado por el siervo de Dios para la edificación espiritual de los miembros de su hermandad. No cabe duda de que llegó a poseer un amplio dominio de las Escrituras pero su gran virtud fue haber conseguido incardinarlas en un discurso artístico coherente, elocuente y persuasivo que no atiende a marcos espacio-temporales porque se dirige a la misma esencia del hombre.

4. LA SIMBOLOGÍA DE LAS MANOS

Hay un elemento en el conjunto artístico de la Iglesia de San Jorge que destaca de una manera especial en varias obras. Puede que una mirada somera no alcance a percibirlo pero no cabe duda de que, como todas las demás piezas de este mosaico iconográfico, fue minuciosamente meditado y elaborado por Mañara.

Se trata de la presencia protagonista de las “manos” en buena parte de las obras de la Iglesia. Son manos con una gran carga expresiva, con un mensaje implícito en cada uno de sus gestos. Analicemos los ejemplos más llamativos.

- Las *Postrimerías* de Valdés, en el sotocoro, nos presentan dos manos: la mano de la Muerte, que apaga la vela de la vida, en la obra *In ictu oculi*; frente a ella, y no sólo en clara oposición espacial sino también epistemológica, la mano llagada de Cristo sosteniendo la balanza, la mano del Cristo Juez. La primera mano nos revela la muerte en toda su crudeza; la segunda mano es la vida que vence a la muerte.
- En los *Jeroglíficos de la Misericordia*, de Murillo, Abrahán usa sus manos de forma expresiva para ofrecer su hogar a los peregrinos; el Padre bueno abraza con las dos manos al hijo que regresa a la casa, mientras

⁴⁶ El cuadro, ejecutado por Valdés Leal entre 1684 y 1685, representa un episodio narrado por Santiago de la Vorágine en su *Leyenda Dorada* que tiene como protagonista al emperador Heraclio, quien, en el siglo VII, al restituir a Jerusalén la cruz del Señor y querer entrar en la ciudad con ella, no pudo hacerlo hasta que se despojó de sus vestiduras imperiales, siguiendo el ejemplo de Cristo pobre. Este acontecimiento fue el origen de la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz que la Iglesia celebra cada 14 de Septiembre.

éste une las suyas en humilde y agradecida súplica ante su progenitor; San Pedro extiende su mano implorando la ayuda del ángel que, con una de sus manos se dispone a tomar al apóstol y con la otra señala el camino de la liberación; en la cuarta obra, la mano de Jesús se extiende hacia el paralítico obrando el milagro, mientras las de éste se abren en actitud de acogida agradecida; en el cuadro de Moisés, éste une sus manos elevando su oración de agradecimiento a Yahvé por el milagro obrado, mientras la mano de un niño con el dedo índice extendido nos señala al mediador del prodigio; en la *Multiplicación de los panes y los peces*, las manos de Jesús bendicen el pan que servirá de alimento a la muchedumbre, anticipando el gesto eucarístico.

- En la obra de *San Juan de Dios*, las manos de éste se aferran al cuerpo del enfermo que lleva a hombros para que no caiga en su tropiezo, mientras la del ángel le sostiene con firmeza en su empeño; en el de *Santa Isabel* son sus manos desnudas, las manos de una mujer de la realeza, las que, renunciando a los privilegios de la corte, han optado por tocar y curar con cariño las heridas de los tiñosos.
- En el tramo final de la Iglesia, las manos del *Cristo de la Caridad*, de Roldán se entrelazan sobre el pecho en la oración suplicante del Hijo que se entrega al Padre en el sacrificio final; y, en el *Entierro de Cristo*, son las manos de José de Arimatea y de Nicodemo las que sostienen al Señor, las que lo tocan con veneración, indicando con su gesto lo que los hermanos de la Caridad debían hacer con los difuntos.

Miguel Mañara insistirá constantemente a sus hermanos sobre la necesidad de asistir a los pobres y enfermos, no en la lejanía, sino en la inmediatez corporal, lavando, besando, eliminando las distancias. Y ello porque esos pobres son la encarnación de Cristo pobre. Mañara pide que se recoja al enfermo “con entrañas de padre”, porque “debajo de aquellos trapos está Cristo pobre, su Dios y Señor; y, cogiéndolo a cuestras, tráigalo a esta santa casa. Y bienaventurado él, si tal sucediere”; y dispone que los diputados de entierros “saquen el cadáver de las andas y lo entierren en la sepultura: porque eso es enterrar a los muertos y lo demás es sólo acompañarlos”; o que al bajar el cuerpo de la horca, “lo reciban en sus brazos”.⁴⁷

En definitiva, las propias obras de la Iglesia expresan esa vocación de servicio “personal” al necesitado, prestado con las manos, que ha de distinguir y caracterizar el ejercicio de la caridad entendido por Mañara.⁴⁸

⁴⁷ F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *Miguel Mañara*, pág. 164.

⁴⁸ Cf. V. VALPUESTA BERMÚDEZ, *Las siete obras de misericordia en la Iglesia de San Jorge*, Conferencia pronunciada en el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla, 11 de Diciembre de 2015.

5. CONCLUSIÓN

Una vez recorrido el itinerario artístico-espiritual señalado por Miguel Mañara a través de los distintos espacios de este templo, podemos concluir que, efectivamente, éste constituye un fiel reflejo del proceso espiritual que él mismo experimentó y que fue configurando la concepción cristológica que emana de su sermón iconográfico.

A partir del punto de inflexión que en su vida supuso la muerte de su esposa, Mañara experimenta un proceso de conversión, comenzando por la toma de conciencia de lo efímero de este mundo y del verdadero objetivo de esta vida, que no ha de ser otro que practicar las obras de misericordia, desde la humildad más absoluta, imitando a Cristo y viendo en él a los hermanos pobres y enfermos. Sólo así el hombre alcanzará la vida eterna, llegado el momento del Juicio Final. En él, el propio Cristo será quien juzgue nuestra conducta; y el único criterio será la caridad y la misericordia hacia los hermanos más necesitados.

Este proceso personal experimentado por el siervo de Dios se hace visible en un espacio que nos lleva desde la humildad de una lápida terriza a la gloria de contemplar el rostro de Dios para siempre tras la muerte física, pasando por la certeza de la vanidad de lo mundano y por las obras de caridad hacia los más necesitados. Y todo ello plasmado en las magníficas obras de arte que jalonan sus naves.

Partíamos en una primera parte de este trabajo del análisis de la cristología de Mañara y, en una segunda parte, hemos comprobado cómo esa concepción fue la que marcó las pautas de diseño de las diferentes obras encargadas. Ningún elemento es ubicado al azar, todos están concatenados. Prescindir de alguno de ellos supondría mutilar el mensaje original que su artífice fue forjando, un mensaje, sin duda, atemporal y vivo.

Por último, no hemos querido obviar el evidente protagonismo que un elemento concreto del cuerpo humano, las manos, adquieren en este espacio y en este recorrido. Para Mañara al amor hacia los pobres debía dejarse traslucir en gestos concretos, cercanos, en contacto físico. La caridad no se puede ejercer desde la distancia. Es por ello que hemos pretendido llamar la atención sobre este detalle destacable que sin duda resulta clarificador y tremendamente expresivo a la hora de ahondar un poco más en la espiritualidad de este sevillano ilustre del siglo XVII.

